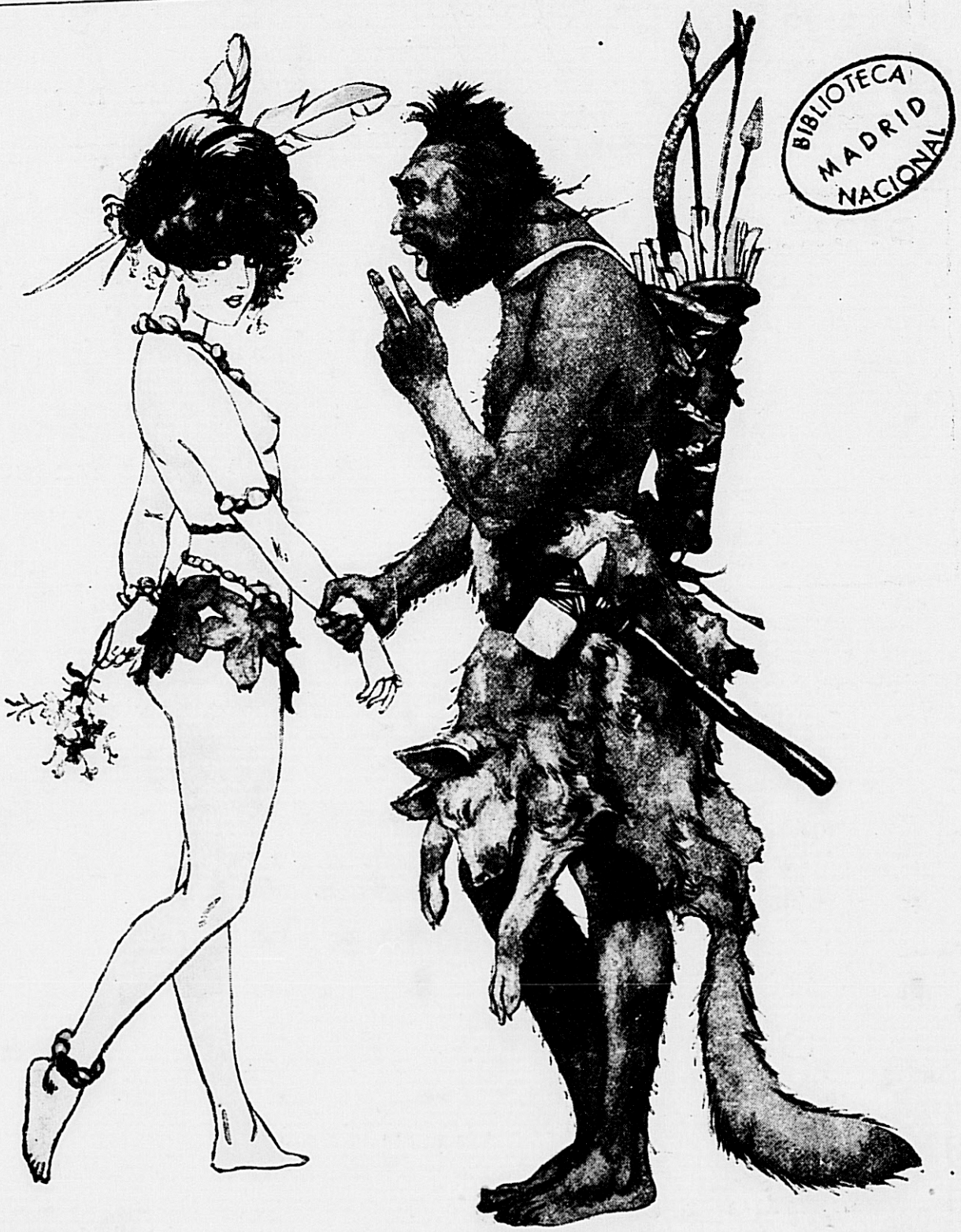
1
232084

LA NOVELA

PICARE

AÑO II — PUBLICACION QUINCENAL ILUSTRADA — Núm. 30



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Ramón Perez de Ayala

UNA MALA MUJER

10 centavos

1
232084

ONVILLE
AR Y TAGLE
DINERS ET SOUPERS CONCERTS
ORCHESTRE ARGENTINE - AMERICAN JAZZ BAND

TEATRO NACIONAL
Compañía Arata - Simari - Franco
DICIEMBRE
17
MIERCOLES
Esta noche beneficio del primer actor
JOSE FRANCO
con el estreno de la pieza en un acto
original de los señores
Narciso Muñiz y José A. Piccinali
titulada:
LA PRIMERA RECETA
En última sección-HOY-Estreno

Grand Restaurant Royal
A LA CARTE
SALONES RESERVADOS
PARA FAMILIAS
ESMERALDA Y CORRIENTES (SOTANO)

47 / 147833

LA NOVELA PICARESCA

Año II Buenos Aires, Diciembre 17 de 1919 Núm. 30

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Una mala mujer

La caida (1)

ROSINA había pasado sus primeros años en Arenales, en descuidada ignorancia del mundo. Era aquel, un pueblecito de pescadores y labriegos asentado muy cerca de la desembocadura de un río y por aquel entonces, esto es, en la niñez de Rosina, no alcanzaba más allá de una veintena de chozas, a una legua tierra adentro, por temor a las riadas. A la época de cumplir Rosina los doce años, algunos exploradores llegaron hasta el humilde pueblecito costanero. Algunas familias burguesas comenzaron a pasar allí los veranos y las calles del pueblo se animaron con la presencia de mozalbetes y pollastres atenoriados que salían de aventura, a enseñar a las mozas el diabólico lenguaje del amor.

Pero Rosina rehuyó en todo momento la sociedad de los señoritos. Hija de una humildísima familia de pescadores, la chica trabajaba en una fábrica de escabeche de la localidad. A los diez y ocho años, en la mejor edad de su belleza, taciturna, esbelta y de blando aire, tenía la dulcedumbre de las palomas duendas y la pompa humilde de los rosales floridos. Su cabello era de un oro de miel, ensortijado y dócil; negros los ojos y de mucho brillo; las mejillas de fuego, atenuado tras un vapor de ambas; gordezuelos los labios; los dientes unánimes, menudos, blanquísimos. Ningún hombre la había dicho palabra de amor, como no fueran los señoritos, y éstos en loores y requiebros de sentido oculto: cual, ¡vaya una gachí! cuál otro, ¡qué desnivel corpóreo! Los marineros tratábanla con respetuosa mesura, como si no fuera de su igual, acaso cohibidos por la nobleza física de la muchacha y una vaga aprensión de su destino.

Y el destino llegó, cierta tarde, para Rosina, con jovial estrépito de broncínea fanfarria. Viejas trompas doradas dieron al aire su jactancioso son, y el tamboril de bruñido y patinoso parche retozaba como un mozalbete. Errabunda pandilla de saltimbanquis recorrió el pueblo anunciando un mirífico espectáculo para aquella misma noche. A la cabeza del cortejo, sobre pasero rocín, cabalgaba un muchacho redrojo, con mallas bermejas desvaídas y un cartelón que rezaba:

Oi a las nu ebe D ela nOche
Sorp EendentE Sejerci Cios Acro vaticos
frEnte la iglesia

(1) En el presente número y el siguiente, publicamos, adaptada al espacio de La Novela Picaresca, una de las más sobresalientes producciones de Ramón Pérez de Ayala.

R-32115 08

Detrás del chico, enhiesta sobre zancos de sorprendente altura, caminaba una jovencita, por las trazas del rostro, hermana del desmedrado heraldo los zapatos, de raso deslucido; medias blancas, un tiempo; bombachos amarillos guarnecidos de borlas en el gozne o artejo de la rodilla; blusa del mismo color que los bombachos, suelta y plegada, bajo la cual los senos, exiguos como frutos serondos, iniciaban dos bóvedas humildes; tímido escote en planicie, atalayada por las trincheras de las clavículas, y el cabello, de endrina, trenzado hasta el nivel de los hombros. Esta elevada joven hacía undular en el aire una banderola policroma. Un mancebo, como de veinte años, venía a la zaga. Era fornido y armonioso de miembros, soñoliento de andadura, trigueño de rostro, melancólico el mirar. Llevaba en la mano derecha una pesa formidable y las mallas, de un color rosa moribundo, ceñíanse a los lóbulos del músculo poderoso. Luego, una dama horrorosamente gorda, vestida de bailarina, a horcajadas en un pollino pigmeo, rucio de pelo, de orejas decadentes y atribuladas y de ojos adoloridos. Cerrando la comitiva marchaban los músicos, jarifos y orondos, vestidos de percalinas abigarradas; los carrillos porráceos y bermejos en fuerza de soplar; los ojos a punto de prorrumpir en un estallido; sobre la frente infladas las venas como lombrices negras. El uno tañía una trompa, el otro un sacabuche. El tercero, que redoblaba en el tamboril, sonreía, como gozándose en el tormento de sus camaradas. Era el preboste de la vagabunda comunidad.

Al pasar los saltimbanquis por delante de la fábrica de escabeches, las operarias movieron tan grande guirigay que hubo que darlas suelta. Salió Rosina entre sus compañeras a fin de contemplar a la andariega gente.

En un principio, no supo qué pensar de todo aquello; estaba atónita. Sobre su alma atribulada, los colores extraños y la música loquesca pusieron una franja de luz y de armonía. Sus compañeras siguieron en pos de los cómicos. Ella encaminóse a su casa, dando vado a las flamantes sensaciones. Las callejas, por aquella parte, tienen el piso de arena roja, suelta y movediza. Rosina hundía los pies hasta los tobillos, sin avanzar gran cosa. Miraba con los ojos a lo lejos, que es el modo mejor de no mirar parte alguna. La cinta de color almagre, cual arroyo sangriento, resbalaba ante ella, como un destino, entre dubas verdegueantes. El mar, en su cansado murmurio, orquestaba con el estridor de los cobres y el ronco trepidar del tamboril. Agudos clamores hendían el aire.

Entornando los ojos, veía el errante cortejo, exótico y lleno de prestigio; los músicos, la bailarina gruesa, el chico del cartelón, la joven de los zancos... y el mozo de la pesa mirándola fijamente, según ella salía de la fábrica con las demás compañeras. La emoción la embargaba el pecho. La imagen del mozo se había adueñado del recuerdo de Rosina; no recordaba nada sino a él: la negrura e intensidad de los ojos; la rojez de la boca; la abundancia y lustre de los cabellos enguedejados, uno de cuyos rizos le caía hasta las cejas; la suavidad del color; la firmeza del cuello; la amplitud del torso; lo fornido de brazo y pierna; todo, todo él, desde la cabeza hasta los pies.

Una extraña inquietud la dominaba. Sentía que, con la obsesión de aquel recuerdo, su cuerpo se estremecía en una ansia que no acertaba a definirse ¿Qué quería por qué volvía el recuerdo del mancebo, marchando a pleno sol en la gloria de su recia juventud? Rosina hubiera querido seguirlo, verlo de cerca, conocerlo... Su purísima inocencia tuvo entonces, por vez primera, una

rebelión y un antojo: esa noche iría a la función; rogaría, lloraría hasta conseguir que la llevaran al circo...

Los bohemios habían acampado junto a la iglesia parroquial de Arenales, que no era sino humilde capilla con una prolongación triangular del muro en la fachada, a manera de campanario, y en él dos campanitas humildes en sendos huecos de medio punto, y una cruz de hierro en el vértice superior. Sus paredes no estaban jalbegadas como las de otros santuarios de aldea, sino ennoblecidas con una capa de color amatista, ajada y raída por los huracanes salitrosos; parecía un prelado sencillo y pobre. A una banda de la nave única estaba adosado el cementerio, con los muros tapizados de hierbezuelas gayas; a la otra parte viejos eucaliptos próceres, ascéticos, de andrajoso y negruzco follaje, en número de siete, que es número místico. Al pie de estos nobles patriarcas, sobre una pradera afelpada y concida, armaron los nómadas gimnastas un tendejón con palos y lonas.

Llegó la noche. Los candiles, con plétora de jugo vital, lanzaban intrépidas y serpenteantes lumbraradas, que a poco se convertían en humazo espeso, lóbrego. Todas las localidades se habían vendido; las de preferencia, esto es, asientos de pista, a tres perronas, es decir, a 0.30 de peseta; las gradas, para la plebe, a tres perrinas, 0.15. Había muchos niños y un solo militar sin graduación, el carabinero del pueblo, llamado ordinariamente *chilote*, y más ordinariamente aún, *caravinagre*. Ocupaban los bancos de la pista algunos señores de la colonia veraniega; las *fabricantas* (operarias de las fábricas) más carnosicas, invitadas por algunos señoritos seductores, los cuales departían con ellas, según se supone; el cura del pueblo, hombre evangélico y bonachón y, en fin, Rosina con toda su familia. Reinaba un silencio de ansiedad y de emoción.

Los marineros, mozos la mayor parte, que habían vuelto de la pesca a prima noche, andaban desparcidos por las gradas, impacientes y graves, escudriñando la entrada de la pista con sus ojos serenos y un poco vagos, avezados a perderse en lontananzas confusas, en la infinidad de mar y cielo. El corazón de algunas viejas palpitaba como un niño medroso.

Rosina estaba más grave y hermosa que nunca, el rostro algo ahilado y empalidecido, aureolados de livor los ojos, y las pupilas, tristes y húmedas, colgadas del paraje por donde habían de salir los artistas.

De pronto, una ola de curiosidad erró sobre la masa del público. Mr. Levitón, con holgadísima casaca verde de luengos faldones que le caían hasta el asiento de los pies, penetró denodadamente en el recinto, y así que hubo hecho exageradas reverencias y contorsiones ridículas, anunció que iba a dar comienzo el espectáculo.

El director de la compañía salió de nuevo, pero ahora con la jovencita de la mano. En llegando hacia el centro de la pista dejóla en libertad, no sin antes haberla comunicado un bien medido impulso, merced al cual ella adelantó dos o tres pasos e hizo una pirueta, dió con la punta del pie derecho en la pantorrilla izquierda y llevóse entreambas manos a la boca como para comerse los dedos, pero en realidad para arrancar puñados de ósculos, que fué lanzando al público con gentileza. Echóse atrás luego y por una cuerda, que Mr. Levitón mantenía tirante, fué esguilando hasta llegar a las anillas. Y allí fué lo bueno. ¡Válgame Sant Elmo, y qué manera de columpiarse, echar las piernas por alto como si estuvieran sueltas, y retorcerse por el aire, y convertirse en un ovillo, y otra porción de barbaridades!...

Rosina estaba inquieta, rebullía en su asiento, aguijada de impaciente afán. Todo aquello era demasiado largo, algo tonto, quizá. La pobre niña, sin encubrir su anhelo, escrutaba en la sombra equívoca del tendejón donde los bohemios se guarecían.

Como mulas en reata, cuatro individuos de la compañía, a cuya cabeza iba monsieur Levitón, arrastraban estupenda mole de hierro, jadeando y resollando igual que fuelles de fragua. Luego de colocarlas en la pista limpiáronse todos el sudor y retorcieron los pañuelos, dando á entender que estaban calados. (*Risas*). Otras cuatro moles trajeron, con las propias manifestaciones de cansancio, y cuando aquellas formidables masas férreas, sin uso conocido, yacían abandonadas y solas en mitad del circo, apareció el hercúleo mancebo de por la tarde, deslumbrador y magnífico, como un rey joven. Adheridas al contorno de los músculos, cual si fueran natural envoltura o piel propia, llevaba unas mallas de color violeta; luego, un adorno, desde la cintura al nacimiento de los muslos, hecho con raso en bullones, recamado de oro; y en la base del cuello fornido un casullín lleno de lentejuelas y guarnecido de áureo fleco. Llegó al medio de la pista con gallardo movimiento de pies, giró la mirada en torno, y así que vió a Rosina, sin que el público hiciera atención en ello, llevóse las manos a la boca y saludó repetidas veces, separándolas con desenvoltura, nobleza y un cierto aire de rendimiento, como si dijese: "Todo esto es por tí". Rosina así lo entendió, y púsose roja como cereza, pensando que todos los del público lo habían advertido. Estaba sofocada, nerviosa. No pudo menos de exclamar:

—¡Qué calor hace!

Una gota cayó en la frente ardorosa de Rosina y resbaló por el rostro, dejando una huella de frescura. La niña no se enjutó, antes al contrario, echó la cabeza hacia atrás por ver si le caían otras.

El público rezongaba inquieto ante la eventualidad de un chubasco impertinente. Algunos tendían la mano, a fin de calcular el alcance e inminencia del chaparrón. El cielo estaba hosco, lóbrego, de lobreguez densa. Las columnas de humo enrojecíanse con el reflejo de las llamas.

El arrogante mozo aprovechó aquellos primeros momentos de zozobra para mirar muy a su salvo a Rosina, y hasta para sonreir con ella disimuladamente. La muchacha, comprendiendo que su turbación podía delatarla, quiso huir la mirada del mozo; mas, a su pesar, un lazo de inrompible reciedumbre la mantenía amarrada a la voluntad de él, y esta voluntad, que asomaba a los ojos inequívoca, aunque tácita, tenía sed de afecto, de llano y sencillo amor, de miradas largas y cariñosas. Claro que Rosina no se daba cuenta retórica de todas estas menudencias; era un torbellino subconsciente, confuso y nebuloso. Las sienes la latían con furia. Sus ojos, extáticos, envolvían al joven hércules en una adoración exaltada. Cuando el mozo sonrió, Rosina creyó desmayarse, como si las tres virtudes que florecían en los labios del joven — melancolía, humildad, reconocimiento, — convertidas en bálsamos suavísimos, la inundaran el pecho y desvanecieran los sentidos. Ignoraba si su emoción era felicidad o sobresalto.

Las gotas no arreciaban, sino que seguían perezosas, lentas, esparcidas. Los espectadores volvieron sus ojos anhelantes a la pista. El joven hercúleo comenzó sus ejercicios: un conjunto de atrocidades. Levantó las moles a pulso una a una, luego con los dientes; más luego, arrojó un lingote feroz al aire y lo amparó con los omoplatos; todo ello sin dar muestras de cansancio o flojedad. Sin embargo, a Mr. Levitón no se le ocultaba que algo debía de acontecer al mozo. Esto no podía apreciarlo el público, que lo veía por vez primera; pero Mr. Levitón, sí. ¿A qué venía aquella vacilación al elegir los pesos?, ¿y aquella tardanza en subirlos?, ¿y aquel constante volverse a un lado como si estuviera resentido de los riñones? Además, ¿por qué se había comido *el molinete infernal y el hombre catapulta?* Porque el hecho es que se los había comido. Estaba saludando ya, despidiéndose del respetable público, que, inocente del fraude, aplaudía como un bobalicón. "Pero ese hombre, ¿qué se hace?, — murmuraba entre dientes Víctor. — ¡Pues no se está saludando dos horas! ¡Si se habrá creído lo de los aplausos!..." Y cuando el mozo volvía al campamento, Víctor se le acercó, y sin disimular su enojo habló así:

—Muy mal, Fernando, muy mal. Eso no es lo convenido. Muy mal.

Y como Fernando, muy metido en sí, no respondiese, agregó:

—Muy mal, Fernando. ¿Por qué te has comido *el molinete infernal y el hombre catapulta?* ¿Por qué, vamos a ver?

Fernando vióse obligado a responder:

—Víctor, antes de dos minutos se convierte en agua el cielo. No quería que concluyese el espectáculo sin hacer el ejercicio con madame Ramona.

A Víctor le quedó aún cierto resquemor de duda en el alma.

—Entonces, ¿crees que debe ir en seguida, o conviene un intermedio de clowns?

—Sí, sí. Yo estoy un poco fatigado.

—Y eso que son de madera.

—Víctor... (Con acento de amable reconvención).

—Reconozco que eres un hércules — (paliando sus anteriores palabras). — Hombre fuerte, hombre fuerte... Y si no, dígalo el ejercicio con mi señora. Pero los pesos son de madera.

Fernando, un poco hastiado, cortó la conversación .

—Bueno, pues levántelos usted.

El público, que andaba algo impaciente, en cuanto vió asomar a los payasos soltó la taravilla a todo ruedo, y así se estuvo mientras estos ingeniosos y sucios señores hicieron las más salientes majaderías de su vasto repertorio.

Pero muy luego comenzó a llover torrencialmente. El público, hostigado por el azote celeste o meteorológico, comenzó a desalojar las localidades con atropellada premura y algarabía extraordinaria.

Rosina, sin saber cómo, hallóse par a par del mozo guapo y forzudo. La colectividad, ese gran Galeoto, como la ha denominado un moderno autor dramático, extremaba de tal suerte el zurcido de voluntades, que más bien que unir a entreambos jóvenes en dulce consorcio amoroso dijérase que trataba de confundirlos, el uno en el otro, despachurrándolos brutalmente. Rosina así lo creyó por un momento, al sentir cómo se imprimía sobre su cuerpo endeble la recia estructura fisiológica del hombre. Este, que quizás en lo revuelto del río había buscado su propia ganancia o contentamiento, mirando la palidez de Rosina, cuya causa bien pudiera ser, aparte de la natural sorpresa de tenerle al lado, las horribles apreturas del trance, hizo conveniente aplicación de su fortaleza, y conteniendo de una parte y otra la ola humana, dejó un holgado trecho a la chica. Como todo el mundo andaba muy embebido en

su negocio y éste no era otro que verse fuera del improvisado circo, Fernando quiso aprovechar aquella buenafortuna de no ser curioseado y de hallarse cerca de Rosina, para decir:

—Yo quiero hablar contigo.

La voz era trémula y suplicante. Rosina encontróse serena de pronto, aislada del general bullicio; aquella espontánea manera de tutearla levantó resonancias tan familiares en su alma, que le pareció haber conocido a Fernando durante toda su vida.

—Bueno — dijo sencillamente.

A todo esto la ola les iba empujando hacia la salida. Estaban muy cerca de ella.

—¿Dónde? — preguntó él, muy emocionado.

—En mi casa, por el ventanuco.

—Bueno; pero ¿dónde? ¿Dónde está tu casa?

—En la carretera por donde vinisteis, la casa que está antes de la última; es una casita sola. Por detrás está el ventanín.

—Aunque me retrase, espérame.

—Bueno. Si está cerrao llama despacio.

En aquel momento, un gran impulso les hizo correr algunos pasos, sin tropezones ni apreturas. Estaban fuera del recinto. Sólo les dió tiempo a mirarse un instante, muy intensamente, en el alma más bien que en los ojos. La gente los separó. Había un hormiguero de mujerucas con las faldas por la cabeza, que chillaban clamando por los miembros de la familia, dispersos en la fuga atolondrada. Rosina estaba sola. Sentía ligera opresión en el pecho y ganas de sonreír. La cogieron por un brazo de repente.

—Pero neña, ¿no nos oyes llamate?

—No lo oía, ma.

Su madre y su abuela guarecíanse del agua escondiéndose debajo de las faldas.

—Vamos de prisa, neña — manifestó la más anciana. — Esto va a facerme muncho mal pal reuma.

Cuando llegaron a casa el agua les corría a regueros por encima de las carnes. La madre y la abuela fueron en seguida a acurrucarse entre las ropas de la cama, no sin antes tender faldas, refajos, mantas y otras prendas de vestir sobre el lar, en los palitroques en que, por la época de San Martín, cuelgan chorizos y morcillas. Engurruñadas lo mejor que pudieron sobre el jergón de hoja de maíz, pronto dormían descuidadamente. Su habitación era una especie de mechinal y estaba contigua a la estancia más importante, que era cocina, refectorio, vestíbulo y sala de recibir, todo en una pieza. Rosina dormía a la parte de atrás, en otra zahurda, con dos hermanitos, el menor de pocos meses.

* * *

Aquella noche, apenas estuvo dentro de su misérrima alcoba, Rosina sacó de un arca que tenía a los pies del jergón unos vestidos y trocólos por los puestos, que estaban chorreando. La lluvia parecía tocar las castañuelas sobre el tejado; era un repiqueteo jovial y socarrón. El aire, que se filtraba por los resquicios de las tejas, inquietaba al fuego del candil, suscitando en los muros del cuarto un desenfreno de sombras danzantes. Los dos pequeñuelos, con la cara cubierta de mocos, empedernidos ya, y los ricitos rubios en desórden, dormían juntos en una colchoneta, sonriendo y mostrando entre las

ropas raídas alguno que otro miembro regordete y puerco. Entre los golpecitos de la lluvia oíase una compleja gama de ronquidos. Rosina los conocía bien; aquel aflautado e intermitente, de *güela;* y el otro regular, seco y cortante como un serrucho, de madre; y éste formidable y estentóreo, de padre; y el discreto, pero tenaz, perdurable, del hermano Joaco, el mayor. Todos dormían a ronquido suelto; ni un cañonazo los hubiera despertado.

La impaciencia, derramando sobre el cuerpo de Rosina cual barniz de inquietud, le cosquilleaba en la piel; era una comezón de movimiento. Quiso pasearse por el cuartucho, pero era poco espacio para su anhelo. Además, temía despertar a los chicos. Sentóse sobre el jergón, que produjo un ruído ásperо y agudo. Estaba sofocada. Hacía un calor denso, de tormenta. Llevóse la mano a las mejillas, que llameaban; luego apoyó la cabeza entre las manos y quedó inmóvil. El pecho se le iba llenando de un no sé qué vago, dulce, que con mansa insistencia empujaba desde dentro buscando expansión, aceleraba el ritmo del seno, la ahogaba de inefable inconsciencia, hasta que subiendo a los ojos, comenzó a manar en lágrimas templadas, tranquilas, consoladoras. Aquel llanto era un bien y un lenitivo. Así se estuvo llorando sin saberlo, cual si por los ojos se le disipase la conciencia, largo rato, como adormecida en la mansedumbre de ideas vagas y borrosas. De pocas horas a aquella parte su vida había sido tan intensa y honda, que llenaba el vacío de los años anteriores, soñolientos, tristes, monótonos, obscuros. El guapo mozo, gallardo y amante, no era un advenedizo, sino antiguo camarada de niñez; el su mirar rendido como el su sonreír afable los tenía ella en el alma desde muy antiguo, tal vez desde los ingenuos divertimientos infantiles. Sentíase maridada a él por íntima y misteriosa hermandad, por una fuerza confusa que la arrastraba, a pesar suyo, como a hoja seca el viento invisible.

Comenzó a desnudarse. Cuando ella se filtró en la cama murióse el candil espontáneamente y con perfecta resignación. La muchacha tenía el cuerpo ardoroso, febril. Las ropas de tosco lienzo la prestaron un alivio de frescura. Todo el negror del cuarto se le derramó por el espíritu, vistiendo las ideas de sombra. Un viento maligno, de desesperanza, levantó aquel polvo de equívocos recuerdos y vagas sensaciones, en torbellinos. La misma fuerza confusa que poco antes, con benevolencia maternal, la ponía junto al hombre amado en el torrente de la vida, empujándolos juntos, le arrebataba ahora el consuelo de su vecindad, de su amor, y la hundía en misteriosas e inasequibles regiones. Rosina daba vueltas, sin cesar, entre las sábanas. Continuaba el concertante de ruidos heterogéneos: ronquidos, lluvia, y el lamentar del viento y del mar muy a distancia.

Rosina se incorporó en el lecho, jadeante y anhelosa. ¿No era ilusión? Sobre el ventanuco dejábase oír tenue y discreto arañazo. A poco sonaron unos golpes tímidos, cautelosos. Rosina saltó del lecho, fué hasta el ventanillo y lo abrió. Sobre la garganta y el pecho desnudos, sintió como si la arrojaran un puñado de gotas de agua fría. Recio soplo de aire nació de la sombra. No se atrevió a hablar. Una voz de zozobra revoloteó en la obscuridad.

—¿Eres tú?

Y Rosina respondió emocionada, en una manera de borrachera divina:

—Sí.

Entonces comenzó el diálogo, cuchicheado, sencillo, recatado en la noche densa.

Ella dijo:

—Creí que no venías — con ingenuidad perfumada de amargura.

Y él la contestó:

—Víctor nos tuvo trabajando hasta ahora para desarmar el circo. Luego tuve que esperar a que los demás se durmieran. Estaba consumido e impaciente. Víctor es terrible.

—¿Quién es Víctor?

—El Director.

—¿Pero no se llama mouxu Levitón?

—El se llama Víctor, pero pone así en los carteles.

—Llámase Víctor... — murmuró por lo bajo Rosina, con abatimiento, como si este inofensivo trueque de estado civil significara para ella la bancarrota de un gran ideal. — Llámase Víctor...

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Rosina.

—Rosina. Yo, Fernando. ¿Te gusta mi nombre?

—Sí.

—Y yo, ¿te gusto?

Hubo un silencio. Rosina dijo, rompiéndolo, con voz diáfana y firme:

—También.

Hablaban como dos adolescentes, con aire de inocencia y cándida emoción. Rosina dijo de nuevo, por borrar del alma las pasadas inquietudes:

—Creí que no venías.

—Ya te he dicho... Además, no es tan tarde como se te figura.

—Mi pá levantaráse pronto.

—¿Hacia qué hora?

—Pa la madrugada.

—Falta mucho. ¿Qué es tu padre?

—Marinero.

—¿Y salen mañana a la mar?

—Si pueden, sí. Ellos levántanse de todos modos. Y tu padre, ¿qué yé?

—¿El mío? Un cadáver — respondió, con cierto aire de hombre corrido y un poco insensible, poniendo cierta afectación en el tono, seguro de escandalizar a Rosina.

—¡Joasús!

—Quiero decirte que murió. Era acróbata también. Yo trabajo ante el público desde pequeño.

Y a continuación le espetó su historia; una historia de penalidades y errabundeces. Rosina le escuchaba absorta, embelesada por su dicción limpia y fluvente como río que viniera de lejanas tierras y conservara aún en su cristal la visión de paisajes ya perdidos.

Hasta entonces, según él, ninguna hembra le había inspirado otra cosa que curiosidad, y cuando mucho, leve complacencia. Miraba a las mozas, en los pueblos, por muy guapas que fueran como se mira a una estampa, considerando que su linaje natural era otro que el suyo, el de él, sin desear su mirada, ni su sonrisa, ni oir el encanto de su voz, y sin pensar que una fuerza irresistible de amor le hiciera depender de ninguna. Cuando había visto a Rosina, saliendo de la fábrica entre el tumulto de sus compañeras, habíase quedado como bobo: era el sol entre nubes. Esta metáfora delataba al mozo ingenuo y apasionado, un poco lírico por ende, conocedor de crepúsculos y demás fenómenos solares, a la ventura de los caminos solitarios. Sí, era el sol entre nubes, porque cuando las demás la ocultaban él quedábase sin luz.

Fernando hablaba sin cesar, sumergido en la sombra, que seguía compacta e impenetrable, y cada vez lo hacía con más fuego, con más entusiasmo, con más emoción. Creyérase que hablaba solo, porque Rosina, colgada de aquellas dulces palabras que cantaban en la noche con un eco sobrenatural, detenía la respiración, anonadábase en éxtasis, no daba cuenta de sí, como si la echasen en los tuétamos del alma una unción suavísima, a manera de un gran olor.

Ahora, Fernando refería minuciosamente el régimen interior de su hogar peregrino. Víctor pensaba casarlo con su hija, la muchacha de los zancos. Un débil suspiro de Rosina cortó la palabra a Fernando.

—¿Qué tienes? — preguntó.

—Nada. ¡Qué fata soy!

—¿Cómo fata? No sé lo que es eso.

—Fata ye tonta.

—¿Por qué eres tonta?

—Porque me da mucha pena que te cases con esa neña. Y conmigo no podrás casate; — en su acento había una resignación desolada y trágica.

—Sí, sí — exclamó el mozo con arrebato juvenil.

Entonces Rosina, contagiada de este fogoso optimismo, añadió:

—¡Si te quedases en el pueblo y te ficieras marinero!

El murmuró por lo bajo, muy poco a poco:

—Quizás al amanecer nos vayamos.

Rosina suspiró con angustia. Quiso celar su dolor llevándose la mano al pecho, pero era ya tarde; el ¡ay! desgarrador y cruel había cortado las tinieblas que la congoja la había traído a desfallecer y desmayar. Fernando, oyéndola, sintióse conmovido en lo más hondo del corazón.

—Pero te quiero mucho, te adoro, te querré siempre, siempre — dijo con voz en que la ternura temblaba de ansiedad. — Y tú, ¿me quieres? ¿Me quieres? ¿Me querrás siempre? ¿Siempre?

Rosina, que apenas podía hablar, quedóse balbuciendo:

—Mucho.

Hubo un silencio. Oíase el batir del agua sobre las tejas y el silbador ronquido del hermano de Rosina.

—¡Qué obscuridad hace, Rosina; dame la mano!

—Toma.

Los dos anduvieron revolviendo en aquella lobreguez hasta que él dió con el codiciado hallazgo, y fué de esta manera: lo primero acertó con un brazo de Rosina, terso, mantecoso y de resbaladiza tibieza; deslizó sus manos por él hasta oprimir entre ellas la de la muchacha, y de esta suerte, oprimiéndola con dulce intensidad, estuvo largo rato sin coordinar palabras.

—¡Cómo tiemblas!

—Es que te adoro — contestó Fernando repetidas veces, a tiempo que besaba con locura la mano prisionera.

Rosina sacó afuera la mano libre y, a tientas, la llevó sobre la cabeza y sobre los hombros de Fernando, que estaban empapados de agua.

—¡Probín! — exclamó misericordiosamente, amorosamente. — ¡Estás pingando! Si pudieras entrar a secarte...

—No, deja; estoy bien así, estoy bien así — murmuraba, sin dejar su apasionada y deleitosa tarea de besar con glotonería, con frenesí. Retiróse de pronto y, cual si las palabras de Rosina no hubieran llegado a sus oídos hasta entonces, aunó su lamentación a la de ella.

—Es cierto. ¡Si pudiera entrar!... Yo no quiero tenerte tan lejos de mí. Sólo tengo tu mano, no te veo, no te siento, Rosina. ¡Si pudiera entrar!...

—El ventanuco es piquiñín.

Fernando soltó la mano de Rosina y palpando el marco del ventanillo, cercioróse de su tamaño.

—Sí, sí puedo entrar. ¿Qué hay a ese otro lado?

—Un arca.

—Apártate un trecho.

Oyóse ruído de huesos descoyuntados y comprimido resuello. Rosina tiritaba de impaciencia y temor. Un bulto que, cauteloso, tanteaba la obscuridad tropezó con ella muy cerca de los senos. Hasta aquel punto no reparó Rosina en su desnudez. La vergüenza la hizo levantar los brazos sobre el pecho, púdicamente, e inclinar la cabeza, los ojos bajos, temblorosos los labios, aturdida, como si estuviera a la luz del día y una muchedumbre la contemplara. Era una casta turbación de virgen enamorada que espera, sin atreverse a levantar los ojos, el divino misterio que el esposo le ha de revelar. Pero en este caso el elegido (aun cuando llegaba "erguido como cedro", según dice Salomón del esposo en la noche de los amores) no era muy ducho en tales lides; por su parte sentía no menos aturdimiento que Rosina, si bien la condición del sexo hostigaba su deseo con más fuerte acicate y le infligía en la carne más recios latigazos.

Fernando desfloró apenas la piel del pecho de Rosina. Al sentir el contacto retiró la mano súbitamente, cual si le estuviera vedado todo favor que no emanara de ella por expresa concesión. Pero aquel breve roce fué suficiente para que se le infiltrase a través de la piel y por todo el cuerpo una presión nerviosa que le enloquecía el ritmo del pecho y el de las sienes, y le robaba el uso de la palabra, y le tenía como enajenado. Ausente la conciencia, uncidos al mismo deseo por idéntica atracción subconsciente, separados tan sólo por deleznable barrera de sombras, los dos permanecieron unos minutos sin buscarse. A todo esto, los ronquidos feroces del padre de Rosina hacían retumbar la casa con su música horrenda, que era para los dos mozos música celestial. El juego inevitable de la gravitación amorosa — espiritual y física — juntó por fin a los dos cuerpos, como no podía menos de suceder. Fernando atrajo hacia sí a Rosina, abrazándola con larga efusión. La humedad de las ropas atravesó la camisa de la muchacha y escalofrió sus carnes. Esta sensación de frialdad hizo que recobrase en algo la noción del trance. Como poco antes, murmuró blandamente:

—¡Probín! ¡Estás pingando!

Bajo el influjo de la voz, Fernando, saliendo de la momentánea estupidez aneja a los primeros ímpetus de la concupiscencia, comenzó a despojarse de sus ropas. Quedóse con las mallas y la indumentaria simplicísima de sus ejercicios acrobáticos — casullín y taparrabos, — sobre los cuales se había colocado el traje de paisano, a fin de trabajar en el desmonte del circo. También las mallas estaban húmedas, mas no se atrevió a quitarlas por no ser fácil tarea de una parte, y de otra por temor de ofender a Rosina con el contacto de su total desnudez, espléndidamente masculina. De todas suertes, el calor vital atenuaba los rigores de la mojadura, entibiando el sutil tejido.

Las hojas de maíz del jergón manifestaron con su lenguaje inarticulado, pero inequívoco, que alguien se había colocado encima. Rosina acababa de sentarse. Fernando, orientado por el murmullo de las hojas, fué a sentarse al lado de ella, y enlazándola por la cintura con el brazo derecho, la hizo apoyar la cabecita en su pecho. Así estaban sin hablar hasta que Rosina, al moverse, advirtió su cabellera enredada en algo.

—¿Qué tienes ahí? Se me ha enredado el pelo.

El la explicó con frases rotas, difíciles, lo que era; la ola de pasión y de locura ineludible le envolvía de nuevo, haciéndole balbucir según hablaba y apretar la cintura de Rosina con aquel conveniente y arrogante ímpetu que delata las legítimas exigencias del amor. Rosina, conociendo ser aquello el traje que tanto brillaba y con tan luminoso prestigio en la función del circo, no pudo menos de pasar la mano por el casullín y acariciar lentejuelas y flecos con devota veneración. Los dedos de la muchacha, cual si poseyeran oculta virtud, derramaban por el pecho de Fernando un maravilloso fluído que parecía emanación asfixiante de ternura, de suavidad, de fragancias densas, de divino mareo. La enroscó su otro brazo al cuerpo, la sentó sobre sus rodillas y selló su boca contra la de ella en un beso de intensidad infinita, de cristalizada eternidad. Confundiéronse sus cuerpos y sus almas, como embriagados de un mismo vino, ese vino añejo, generoso y dorado, que fortifica el corazón de los hombres y endulza sus amarguras; mezcláronse sus alientos en una atmósfera única, de exaltación, deleite y éxtasis, e idéntico misterio que maceró en sus aromas, allá en las bíblicas edades, al rey Hermoso y a la Sulamita, los envolvió en su ignea lengua de oro.

Y se amaron una vez, que valió por muchas. ¿Qué palabras emplear en estos medios de que el amor se sirve, que son tan delicados que el alma misma no los entiende, ni yo creo acierte a decir para que lo entiendan, si no fuera los que han pasado por ello? "Deshaciéndome estoy, hermanas — escribe Teresa Cepeda, — por daros a entender esta operación de amor".

Y se encontraron desnudos, muy próximos y un poco fatigados; pero no tuvieron vergüenza como Adán y Eva al advertir su desnudez, porque eran inocentes, se sentían inocentes; el destino, o lo que fuera, los había juntado, y ahora, después de darse, por decirlo así, la bienvenida, con las manos enlazadas, sonrientes, aunque sin poder deleitarse con la mutua sonrisa, estaban como dos niños en la misma cuna.

Sus frases, sobre poco más o menos, eran las mismas que habían pronunciado mucho antes que ellos, miles y miles de individuos — la Naturaleza no tiene empacho de repetirse cuando atina con una cosa bella, — y las mismas que pronunciarían en tal ocasión elefantes, gorriones y demás especies zoológicas si estuvieran dotados del desagradable don de la palabra, la cual es sabido que muchas veces no sirve si no es para estorbar.

—¡Rosina!, ¡Rosina!, ¡Rosina!... — murmuraba quedo Fernando, casi mecánicamente, cual si la palabra le causara más bien un placer sensitivo al articularla, en los labios, que intelectual, evocando la idea de la persona. Y ella, recostándose sobre él, murmuraba también de tiempo en tiempo:

—¡Fernando! ¡Fernando!...

Una perezosa laxitud de bienestar los envolvía como un baño templado de aceite saturado de perfumes gratos. Pero el instersticio amoroso fué breve.

Fernando andaba con el rostro por entre los cabellos de Rosina, aspirando un leve efluvio de juventud femenina y pulcra que de ellos se desprendía, más amable y regalado que todas las brisas por él gustadas en todas las primaveras, al rodar por esos mundos de Dios, pero no tanto como una suave onda que subía de la boca, y como es lógico, fuése a buscarla en su propio manantial; mas no bien tuvo sus labios sobre él, advirtióle el olfato que aún había algo mejor hacia la parte del sur, y de esta suerte llegó a los senos, inmaculadas y maravillosas colinas, en cuyas cumbres un minúsculo botón de rosa, de celestial ternura, aromaba como flor del paraíso. A pesar de la rudeza de su profesión y de la atlética estructura, Fernando, todo confuso y estremecido con aquella delicadeza palpitante, viva, casi milagrosa, trataba a los menudos senos entre sus labios con tanto mimo y embarazo que parecía temer deshacerlos o mancharlos. Luego arrimóse a aquel divino costado y a aquellos pechos divinos y quedó ajenado.

Rosina estaba con una mano en la cabeza de Fernando, entre los cabellos sus dedos, ensortijados como vedejas inmóvil el cuerpo, engolfada y como embobada y con un santo desatino. De raro en raro, a causa de las cosquillas que en los senos sentía, pensaba ser herida sabrosísimamente, mas no atinaba cómo.

Con estas ingenuas escaramuzas encendióseles de nuevo la afición y amaron por segunda vez.

Abandonados al fogoso frenesí que les caldeaba la sangre, olvidábanse del mundo exterior. Desasida el alma de toda cosa criada, nada les causaba hartura. Los besos, en la sombra, restallaban gárrulos, procaces, a millares, como pájaros que, escondidos en el bosque, preludian la aurora. Fuera por la algarabía de los besos , fuera por cualquiera otra causa difícil de esclarecer, ello es que uno de los chicos que dormían en el mismo mechinal de Rosina se despertó y comenzó a berrear con toda la fuerza de sus pulmones, que no era poca. Por fortuna para ellos, los extemporáneos berridos surgieron cuando el sacrificio a la blanca Afrodita estaba consumado; la diosa les había concedido ya sus munícficos y enmelados dones. Con todo, un guerrero clarín que hubiera tañido alarma dentro de la habitación no les hubiera causado mayor sorpresa que el berrear del rapacejo, sobre todo a Fernando, que ignoraba su existencia tan cercana, estruendosa e inoportuna. Incorporóse en el jergón, asustado y nervioso, sin darse cuenta de lo que pudiera ser, hasta que Rosina, por lo bajo, le hubo de advertir:

—Ye un hermanín pequeño que duerme aquí.

Luego, en voz alta, prosiguió diciendo:

—Pin, neña, ¿qué te pasa?

El chico continuaba berreando con ahinco.

—Calla, Pin; duérmete neño, que va a venir el cocón.

Pero el chico no cesaba de modular el onomatopéyico ¡brrr!, en un diapasón de marcha heroica.

Rosina murmuró:

—Va a despertar a la güela.

Y levantándose se acercó al muchachico, cogió la colchoneta por un lado y la comenzó a menear, como si brizase, a fin de dormirle, a tiempo que canturreaba, con árido y bien repartido tono, versos del romancero.

No bien se durmió Pin, que era el mayor, despertóse el otro, el mamoncillo, con clamores insolentes como su hermano, aunque en voz más endeble.

Sin embargo, éste no era tan contumaz como el otro, y para hacerle adoptar de nuevo ese estado estúpido que un poeta llamó *imagen espantosa de la muerte*, no fué menester acudir a la recitación de romances más o menos arcaicos, arte en que era excelente Rosina.

Así que hubo vuelto al lado de Fernando, recomendóle la chica cierta discreción y mesura en sus arrebatos, si no quería suscitar otra vez los alarmantes berridos:

—Ten cuidao, no vayan a despertar.

No era preciso aconsejarle cuidado, que nunca hombre alguno acarició a mujer con tan religiosa, humilde, lenta blandura y delicados toques. Parecía estar ungido por todas las suavidades dulcísimas del amor, y cuando sus manos o su boca o sus mejillas rozaban aquella carne sedeña, firme y tersa como de mármol bruñido y caliente, lo hacían con la mansedumbre de un caudal de agua pura y tranquila sobre un cauce de rosas.

Así que la tuvo a su vera, cual si la ausencia breve le hubiera durado siglos, y la alarma, ya huída, acrecentara el miedo de perder tan pronto a Rosina, la oprimió contra su pecho, que latía con furia, y adhirió su boca a la de ella con tan firme determinación, que parecía intentar sorberle el alma por los labios. Así estuvieron algún tiempo, en un desmayo poblado de delicias. A poco, sobre la aparente calma comenzó a levantarse una ventolina de deseos que se convirtió muy pronto en huracán.

¿Es necesario decir que se amaron por tercera vez?

La lluvia había parado; los ronquidos habían hecho lo que la lluvia. La noche ahora estaba cubierta de un silencio grave y solemne. La mar se había dormido. Oíanse los suspiros largos de Rosina que, el rostro reclinado sobre el amado, dejábase.

Recios golpes retumbaron por toda la casa. Estaba de Dios, si es que Dios se mete en esas cosas, que aquellos pobres muchachos no tuvieran una sobremesa tranquila en sus parcos festines amorosos.

Los golpes continuaban estremeciendo la casa como si amenazaran hundirla. Unas voces sesudas y convincentes, gritaron:

—¡Joaco! ¡Joaco!

—¿T'as durmiendo entodavía?

—¡Levántate, hom!

—¡Vamos a la mar!

Y desde dentro de la casa la voz del padre de Rosina aulló:

—¡Voy! ¡Aguardaime un pedazo!

Rosina, muy amedrentada, sollozó:

—¡Ay, Dios! Si quier entrar...

—Pero otros días, ¿entra?

—Algunas veces. ¡Bájate del jergón! Escóndete a los pies. Anda, anda, aina.

Murmuraba atropelladamente, estremecida de angustia. Fernando hizo lo que pudo por acatar sus órdenes.

—Junto al arcón, junto al arcón — le decía con persistente requerimiento; pero Fernando ignoraba la topografía del mechinal, y para el caso era lo mismo que si le dijeran escóndete en el hemisferio austral. Estuvo a punto de caer sobre los pequeñuelos. Por fin atinó con un a manera de escondrijo, que era donde debía de decir Rosina, porque allí había algo como un arcón. Pero aquí me ve — pensaba el mozo, — me ve si entra. No tenía miedo por

él; con su membruda naturaleza era absurdo temer: temía por la pobre niña.

—¿Quieres que marche por el ventanillo? Debe de estar por aquí cerca — la preguntó por lo bajo.

La idea de que se marchase así, sin la despedida que era de esperar, la llenó de pena, y viendo que podía perderle, se le doblaba el dolor.

—¡No, por Dios! Además, veríante...

—Es cierto.

Guardaron silencio. Se escuchaba el latido de los dos corazones y el rebullir del marinero trebejando no lejos. A seguida unos pasos firmes y decididos se acercaron al cuartucho de Rosina. Los latidos redoblaron casi con vértigo. Ni uno ni otro se atrevían a respirar. El marinero llegó hasta la puerta:

—Rosina, ¿dónde pusiste el balde?

Rosina quiso hablar y no pudo. Su padre repitió, golpeando la puerta:

—¡Rosina! ¡Rosina! ¿Dónde pusiste el balde?

Rosina hizo un esfuerzo.

—Junto al lar, pa.

Alejáronse los pasos. Rechinó luego la puerta de la casa, al abrirse, dió un portazo al cerrarse, y todo volvió al silencio.

—¿Habrá marchado? — interrogó Fernando, que no sabia interpretar muy a derechas estos elocuentes ruídos.

—¡Ay! — Rosina desahogó el pecho. — Creí que me moría.

Por el hueco del ventanillo entraba una aprensión de claridad.

—Va a amanecer. Mi madre y mi güela levantaránse pronto. Tienes que marchar.

Sobre sus palabras flotaba un velo de dolor. Fernando, que estaba ya junto a su amada, y la tenía cercada entre sus brazos, respondió a esto:

—No, no. Yo no te dejo. ¡Quiero estar siempre contigo, siempre contigo! — Entremezclando la pasión desesperada con la pesadumbre y angustia de abandonar aquel cuerpo tan grácil, tan suave, tan tibio. En un arranque momentáneo, le preguntó:

—¿Por qué no te escapas conmigo? Ven, ven. — Y hacía ademán de raptarla, como un romano joven, desnudo y hermoso.

Ella no tenía valor para rechazarlo.

—No puede ser, eso ye imposible.

—Yo no quiero dejarte...

Y como lo repitiera muchas veces, con doloroso fuego, ella se atrevió a interrumpir:

—Quédate en el pueblo; faite marinero... Casarémonos.

Era muy tenue su voz y desalentada, como si tuviera conciencia de que pedía un imposible. Calló Fernando, sin saber qué decir .Su alma de pájaro errabundo y peregrino estaba indecisa. Su vida hasta entonces había sido una melancolía andariega.

Callaban los dos, y no había ruído de besos.

Un gorrión, en el alero de la casita, comenzó a piar, desacarado y pertinaz.

Por el ventanillo derramábase una luz violeta y confusa que conjuraba las siluetas de las cosas en la angosta estancia. Desperezábase el alba con tenue y fragante bostezo matinal. Olía a tierra mojada, y los ruídos diurnos comenzaban a levantarse, ahogados, perezosos.

—¡Marcha ¡Marcha! ¡Por Dios!

—Sí, me voy ya. Pero antes déjame mirarte.

Se abismó en intensa contemplación de su amada. En aquella luz difusa y amatista Rosina parecía un ensueño: el livor de los ojos hacíase solemne, la miel del cabello luminosa; la pálida piel, ebúrnea; los gordezuelos labios, sazonado fruto. La mirada de los dos derretíase fundiéndose en un remanso de éxtasis, como dos grandes ríos se funden al dar en un lago.

El crujido de un mueble en una habitación inmediata desgarró la calma del éxtasis.

En pocos momentos, Fernando estaba vestido. Rosina se había puesto una falda y sobre los hombros un mantón.

Estuvieron mirándose a un paso de distancia, mudos, graves, densamente tristes, rígidos, inmóviles. A Rosina se le saltaron unas lágrimas. Fernando, que las vió y temía no ser dueño de su voluntad, se acercó al ventanillo.

—¿Márchaste ya?

Entonces se abrazaron por última vez. El — e inútil parece referirlo — bebió las lágrimas de Rosina, cuyo amargor, entremecido de mieles, fué entonces más ingrato que la hiel, y se acercó de nuevo al ventanillo con determinación de salir. Lo cual hizo poniendo a prueba su elasticidad, tan cumplidamente demostrada en el notable ejercicio *El hombre culebra*. Pronto se encontró al otro lado del muro.

—Adiós — dijo tirando con los dedos un beso.

Rosina, que se había acercado, preguntó muy acongojada:

—¿Marchaivos hoy?

—Creo que no. ¡Adiós!

Rosina cerró el ventano, volvió a su lecho. A poco de hundirse en él caía en un sopor febril, lleno de visiones absurdas.

A las seis de la mañana entró su madre en el cuarto.

—¿No te levantas, neña?

Rosina no respondió. Acercóse la madre al lecho y la zarandeó, a fin de despertarla. Estaba como un plomo. Rosina entreabrió los ojos, cargados aún de bruma romántica, nebulosos y lejanos. En un comienzo no se daba cuenta de lo que acontecía.

—¡Pero neña, neña!... ¿En qué pienses? ¡Despierta, caracho! Ya ye hora de dir a la frábica...

Si el alma tuviera costillas, la de la muchacha hubiérase roto unas cuantas, cayendo desde las azulinas alturas de sus sueños a la realidad corriente y moliente de fábricas, y sardinas en vinagre. Las últimas palabras de Fernando albergábanse aún en sus oídos. Olvidándose de que su madre, sin dejar de zarandearla — procedimiento arcaico y seguro para robarle a uno del mundo ideal y traerle al objetivo, — la conminaba a que se vistiera, pensó si Fernando la habría engañado, por mitigar el dolor de la despedida. No se atrevía a salir de su casa, temiendo que, al pasar junto a la iglesia, el campamento bohemio no estuviese allí ya.

—Madre, non puedo conmigo. Duelme mucho la cabeza. No puedo levantame.

Como todas las trazas eran de algún mal físico, la madre, muy condolida, acudió a los lamentos.

—¿Duelte mucho, neñina? ¡Madre! ¡Madre! — gritó.

La abuela presentóse muy presto. Vió Rosina que tomaba el mal harto seriamente, y anduvo con paliativos y componendas por quitarle importancia. Tranquilizáronse un tanto las viejas. Todo se redujo a una terapéutica simplicísima: las rodajas de patata — cuya oculta y maravillosa virtud en estos casos es patente — aplicadas a las sienes y sujetas por una venda. Hubo cábalas y conjeturas sobre la génesis del mal, y quedó averiguado que la mojadura de la noche anterior tenía toda la culpa. Rosina suplicó que la dejaran tranquila; vistieron las viejas a los chicos, que ya se habían despertado, y con esto quedóse Rosina a solas con su alma, llena de dulces recuerdos y de negras inquietudes. Al poco tiempo de andar a vueltas con sus cavilaciones volvió a adormecerse, en un estado lindero entre el sueño y la vigilia, como si estuviera al pie de esos árboles de encanto que producen visiones exaltadas.

A la mañana siguiente Rosina se levantó como de costumbre. Silenciosamente, resignadamente, ocupó en la fábrica de conservas su sitio de siempre. Pero en su vientre había quedado ya la semilla de su nuevo destino. Era el destino de la mala mujer.

Algún tiempo después comenzó a tener vómitos tan misteriosos e injustificados, que las viejas de la casa dieron en creer que el mismísimo Lucifer se albergaba en las tripas de la muchacha. Nadie comprendía nada. Y entretanto, en tierras distantes, el sembrador seguía haciendo inocentes piruetas por los aires, acaso olvidado de todo. Un día, Rosina comprendió que estaba embarazada. En un primer momento creyó morir de vergüenza y de temor. Después, poco a poco, aceptó su destino y se conformó con su hinchazón. Materno mal ternura la bañaba las entrañas. El vientre comenzaba a expandirse y bajo la fina y rotunda bóveda, como en un templo, los gérmenes hacían su lenta y solemne labor con recato religioso.

Candorosas quimeras vinieron a albergarse en el corazón de Rosina y ahuyentaron sus propósitos desesperados. La imagen del creador, del padre, de Fernando, disipadas efímeras negruras, destacó bello y rendido, amador y desgraciado, entre un nimbo de ilusiones rosadas. Si el destino le arrastraba ahora por lejanías ignotas, ¿quién sabe si alguna vez se placería en juntarlos de nuevo?

Rosina, con súbita fortaleza, trazó el cauce por donde había de correr su porvenir. El vientre crecía, aunque con parsimonia, y amenazaba delatarla. Decidió entonces, dejar la casa de sus padres y arrostrar sola su propia suerte. Una mañana temprano salió, para siempre, sin hablar con nadie. Era una pobre mujer, preñada de ilusiones que empezaba su camino de hembra perdida.

RAMON PEREZ DE AYALA.

En el próximo número se publicará

Carne de todos

del mismo autor, que, como "La Caída" constituye una impresionante novela realista, tejida en esta segunda etapa de la protagonista, en la más angustiosa mala vida.

LA N[illegible] ...RESCA

ADMINISTR[illegible] ...ENOS AIRES

Publicación qui[illegible] ...res producciones en el género picaresco y [illegible] ...s, debidamente autorizadas. Quedan cumpl[illegible] ...de la Ley.
No se devuelve[illegible] ...tiene correspondencia sobre los mismos.

Número suelto y [illegible] ...pción anual 3 pesos
Concesionario pa[illegible] ...r. Miguel Marchesano, Paraguay 2880. Agen[illegible] ...inaldi, Sarandí y Juan C. Gómez, Plaza Cor[illegible]

TITULOS PUBLICADOS

(Los números agotados se indican con bastardilla)

Nº 1—MAX Y ALEX FISCHER.—*La traición del ascensor.*
Nº 2—HENRY KISTEMAECKERS—La llegada de Alberto.
Nº 3—GUY DE MAUPASSANT.—La seña. El vagabundo.
Nº 4—CATULLE MENDES.—La visión. El haz de paja.
Nº 5—EDMOND ABOUT.—*El cuarto de huéspedes.*
Nº 6—LUIGI LUCATELLI.—*A la gloire. Historietas breves.*
Nº 7—EDUARDO ZAMACOIS.—*Amar a obscuras.*
Nº 8—PEDRO DE REPIDE.—*La carrera del amor.*
Nº 9—OCTAVE MIRBEAU.—El diario de una mucama.
Nº 10—MAURICE DONNAY.—*Confidencias.*
Nº 11—ARMAND SYLVESTRE.—*Cuentos de media noche.*
Nº 12—MAX Y ALEX FISCHER.—Casimiro. Circuito galante.
Nº 13—EDMOND DESCHAUMES.—*Paréntesis de honestidad.*
Nº 14—FELIPE TRIGO.—*Cuentos cortos.*
Nº 15—GUY DE MAUPASSANT.—*Confesiones picarescas.*
Nº 16—GABRIELE D'ANNUNZIO.—Carne viva.
Nº 17—ADRIAN DE ARREGUI.—La Viuda de Don Juan.
Nº 18—LOUIS DE GRAMONT.—Academia de maridos.
Nº 19—EMILIO ZOLA.—Lo inconfesable.
Nº 20—EDUARDO ZAMACOIS.—*Al fin solos...!*
Nº 21—CATULLE MENDES—La recién casada.
Nº 22—GUY DE MAUPASSANT.—En la noche.
Nº 23—FELIPE TRIGO.—El honor de Celia.
Nº 24—EMILIO ZOLA.—A la conquista de París.
Nº 25—GEORGES COURTELINE.—Primeras armas.
Nº 26—ECA DE QUEIROZ.—En el molino.
Nº 27—FELIPE TRIGO.—El despertar.
Nº 28—HENRY KISTEMAECKERS.—Una hora después.
Nº 29—ARMAND SYLVESTRE.—La cita.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

"El Nacional" Taller fotográfico; especialidad en trabajos para aficionados. Copias de planos.
ROSENDO F. RODRIGUEZ - VICTORIA 829 - BUENOS AIRES
—— Se atiende pedidos del interior; precios equitativos ——



La alegria de vivir no se consigue solo con riquezas y comodidades

a ellas hay que agregar la salud, portadora de la belleza y principal factor de la felicidad,

No hay salud cuando la **neurastenia, la falta de vigor y de sangre** truncan la vida. Dice la ciencia que la

Bioforina Líquida de Ruxell

cura segura y radicalmente toda enfermedad del sistema nervioso.

Los sanos la necesitan para hacerse fuertes. Los débiles y convalescientes para recuperar la vitalidad y salud perdidas.

Señoras

Para los casos de anemia, clorosis y nervios flojos es indicadísima

NO FALLA EN NINGUN CASO

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS DE LAS REPUBLICAS
ARGENTINA Y URUGUAY

EXIGIR EN CADA ENVASE LA FIRMA DE LOS CONCESIONARIOS
BENDINGER & Cía.
SARMIENTO 643 -:- BUENOS AIRES

Impresores FERRARI Hnos. Balcarce 345 - Grabados ZUCCHI y Cia. Maipú 173 - Bs. Aires